

Nápoles, de Tarascón o de Barcelona, que para un alemán sesudo y metódico.

Este mismo Spengler, refiriéndose a la pintura de la Europa de Occidente, habla de que, después de los tonos azules y verdes de los primitivos flamencos, vino el empleo de un pardo de taller que es un tono irreal, intelectual y de aire protestante.

Pensando en el paisaje, en la literatura y en el arte de los países del Oeste de Europa, a mí me dan la impresión de que tienen poco color y de que están dominados por el gris.

Cuando pasa uno una temporada en Londres se encuentra que el ambiente es gris oscuro; si de Londres se va a París, el tono grisáceo oscuro se hace azulado; si de París se va a Madrid, el gris toma un tono de plata.

Pensando en la literatura, a mí al menos me da una impresión parecida.

Shakespeare, Dickens, Balzac, Cervantes, todos los occidentales, dan una impresión gris, elegante, con las líneas claras y fuertes. El dibujo en ellos es más intenso que el color. En cambio, Dostoiewski y Tolstoy, a mí al menos, se me pintan con más color, me dan impresión de orientales.

En pintura creo que ocurre lo propio. La pintura flamenca desde Rembrandt, la francesa y la inglesa, son grises.

Se piensa intelectualmente en los pintores españoles, cuando no se los conoce, como algo arrebatado, apasionado, luminoso, y se encuentra el fondo de plata y rosa de Velázquez, el pardo de Zurbarán y los tonos grises de Goya.

Creo que se podría defender la tesis de que el gris es el menor color de todos, el más subjetivo, el menos realista, el más intelectual, porque es, en último término, la entonación que da la retina al cerebro cuando se cierran los ojos.

Dicen, yo no lo sé, que los griegos solían pintar las estatuas de azul y de rojo. Ahora no lo podríamos resistir.

Cuando Verlaine pedía, no el color, sino el matiz, no veía que esta petición suya no era un ideal, sino la medida de nuestra impotencia, porque el hombre del Occidente europeo, cuando cree dar un color pleno, no hace más que llegar al matiz.

Yo antes, en mis primeros años de escritor, tenía la pretensión de ser un colorista; ahora, cuando pienso en mis libros, los veo grises y cenicientos y con el dibujo inseguro e incorrecto.

Vindicación y saludo

Alguno pensará quizá que doy demasiada importancia a mis pequeñas cosas literarias y a mis desilusiones y fracasos. No, no se las doy. Es decir, se las doy como da uno importancia a sus dolores y a su vida, aunque sepa bien que no influyen nada en la marcha del mundo.

Un tanto cansado y desilusionado, como un tirador al blanco que no da nunca en el blanco, me presento ante vosotros, estudiantes de español de la Sorbona, ¡a daros las gracias porque habéis tenido simpatía por un libro mío que, aunque no esté bien escrito, es ingenuo y sincero.

También extendiendo mi agradecimiento a mi amigo el profesor Viñas, que ha tenido la atención de invitarme a mí, oscuro vasco, hombre de calle más que de academia, a cupar un momento la cátedra de una Universidad tan ilustre y gloriosa como ésta.

PÍO BAROJA

El centenario...

(Viene de la página 104)

nacional desgarrado en 1816, y reproducimos en el alma el escenario de 1872:

Hoy es el 20 de julio: en él confluyen
de limpia luz sesenta y dos auroras,
es la fecha inmortal que el Pueblo inscribe
en el gran calendario de sus glorias!

Los ecos del martirio no enmudecen
ni del dolor el manantial se agota
en esta Plaza ¡huerto memorable!
de suspiros, y lágrimas, y sombras!...

Todo aquí lo renueva el sentimiento
despertando tristísimas memorias:
en el suelo, las huellas del cadalso;
en los sauces, las brisas gemidoras!...

Al igual de Littré y otros grandes espíritus, Rojas Garrido solía descansar de las fatigas cerebrales en el regazo de la amable poesía; pero jamás rimó sandeces ni puso en la urna métrica sentimientos bajos. La campana no puede soltar sus alaridos sino desde la eminencia de las torres, ni zumba el aquilón entre rastrotes ortigas, mas descuajando los cedros y los robles. Rojas rimaba ideas; ideas que se desgranaban en sus estrofas como eslabones de un razonamiento robusto, y engarzaba consonantes como se retuercen al caer a la Pelton las burbujas de un torrente desbocado. Noble y fiero paladín del pensamiento libre, las alas de Pegaso batían su frente con vientos que corrían por esferas henchidas de truenos y relámpagos. Genio brotado de las entrañas del pueblo, al pie del Huila y de las cerrazones de donde surge el Magdalena, tenía la grandeza de lo innominado, era como un Dios aborigen, un Andaquí gigante, emergiendo a las más altas cumbres de la Filosofía moderna, de entre los vahos misteriosos y prehistóricos de aquellas ruinas ciclópeas que duermen siglos infinitos bajo las frondas de las selvas donde Rojas recogiera los primeros efluvios de su pensar profundo...

Rojas Garrido, orador

Es el único de los oradores de Colombia que mantiene vivo el recuerdo de sus períodos, que son estrofas, en la memoria de sus contemporáneos. Hemos oído exclamar a un fanático: «Hablabas, y su voz era un canto»; y a otro: «Cómo rugía Rojas entonces!», y a un tercero: «Odiábamos la cuestión, pero nos dominaba tanta elocuencia». Siempre que se habla de Rojas acude a la mente la idea de majestad.

Cuando se sabía que ocuparía la tribuna, los ciudadanos acudían a rodearla con anticipación. Como en todas partes, la garrulería pretenciosa iba adelante; pero el pueblo de Bogotá, que tiene el gusto exquisito de los discursos bellos, cuchicheaba hasta ahogar a los pedantes. «Rojas! Rojas! que suba Rojas!» principiaban a clamar, luego, mil voces de hombres y mujeres. La multitud abría paso, y Rojas Garrido adelantaba a la tribuna. Su andar era lento y pesado. Su estatura mediana, su cuerpo obeso, con la espalda abultada y ancha, que pueden verse en el retrato de Mirabeau que adorna el libro de Timón. La mirada clavada hacia adelante y falta de vivacidad. Vestido de negro; guantes y corbata blancos. Las gradas de la tribuna las subía con dificultad enorme, por motivo de una dolencia antigua. Ya está arriba; un aplauso que hay que cortar por la fuerza, para que no se prolongue, lo acoge. Va a principiar. ¡Cómo ha cambiado el hombre! Hablamos antes de transfiguración, y esa es la verdad. A medida que adelanta en su discurso, parece que la ju-